

La cuestión de la prensa en Cuba es un tema que preocupa a muchos y sobre el cual la sociedad debate intensamente. Es un asunto de suma importancia porque la información resulta determinante para la consecución de la democracia en cualquier país. En nuestra realidad que, además, actualmente vive un proceso de reformas, se hace mucho más necesario ampliar e intensificar el quehacer de estos medios, así como ponerlos en función de institucionalizar una dinámica capaz de comprometerse con la información a la ciudadanía, con su formación y con la posibilidad de brindarle espacios que tengan el propósito de facilitar su participación en la esfera pública, la socialización de sus criterios y propuestas, y el alcance de consensos.

Por esta razón *Espacio Laical* ha convocado a un grupo de especialistas para que brinden sus opiniones sobre este importante asunto. Participan: el politólogo Esteban Morales, el Premio Nacional de Periodismo Luis Sexto, el investigador Jorge Gómez Barata, el periodista Justo Planas, el sociólogo Aurelio Alonso y el corresponsal de la BBC en Cuba, Fernando Ravensberg.

1-¿Qué elementos caracterizan a la prensa cubana? Sobre qué criterios se sostienen estas características que usted ha descrito?

Esteban Morales. Mucho se ha escrito y dicho sobre la prensa cubana y hay coincidencia en que no refleja, o lo hace de manera insuficiente, los problemas y las preocupaciones de la población, y en que sus enfoques son generalmente apologéticos, acrílicos o insuficientemente críticos. Cuando critica, lo hace de manera evidentemente selectiva, dejando muchas cosas al margen, sin profundizar en las causas. Generalmente no aparecen en ella los verdaderos responsables de lo criticado, circunscribiéndose a aquellos funcionarios de menor rango. No se presenta la realidad en todo su carácter contradictorio. Se dicen muchas verdades a medias y se deja de informar sobre asuntos que interesan a los lectores y que de algún modo estos se enteran. Tiene muy poco o casi nada que ver con lo que el ciudadano común comenta diariamente. Porque no es de nuestra prensa de donde lo obtiene. Se oculta, elude o desperdicia mucha información y se excluye la inmediatez.

La prensa cubana apenas intercambia con la sociedad, supuestamente le informa, pero sin escuchar el rebote de la información, y si ese rebote es crítico, mucho menos. Lo anterior es resultado de que los periodistas, obligados corrientemente a quedar bien con los que dirigen los medios, edulcoran demasiado la realidad interna, buscando dentro de ella solo lo positivo y lo que supuestamente no hiera la sensibilidad de quienes los dirigen. Tal parece que más que informar al público, su

interés mayor es agradar a aquellos que se afanan por presentar solo el rostro positivo del país.

La información internacional es incompleta y bastante parcializada. No se tratan los problemas existentes en aquellos países cuyos gobiernos son amigos de Cuba y solo se informan, y en ocasiones, se destacan y reiteran hasta el cansancio, los problemas existentes en los países cuyos gobiernos no lo son. En ese sentido, la prensa actúa casi solo como expresión de la posición y opiniones del gobierno y no como un medio para informar objetiva y críticamente sobre la realidad de fondo de los acontecimientos internacionales que nos afectan.

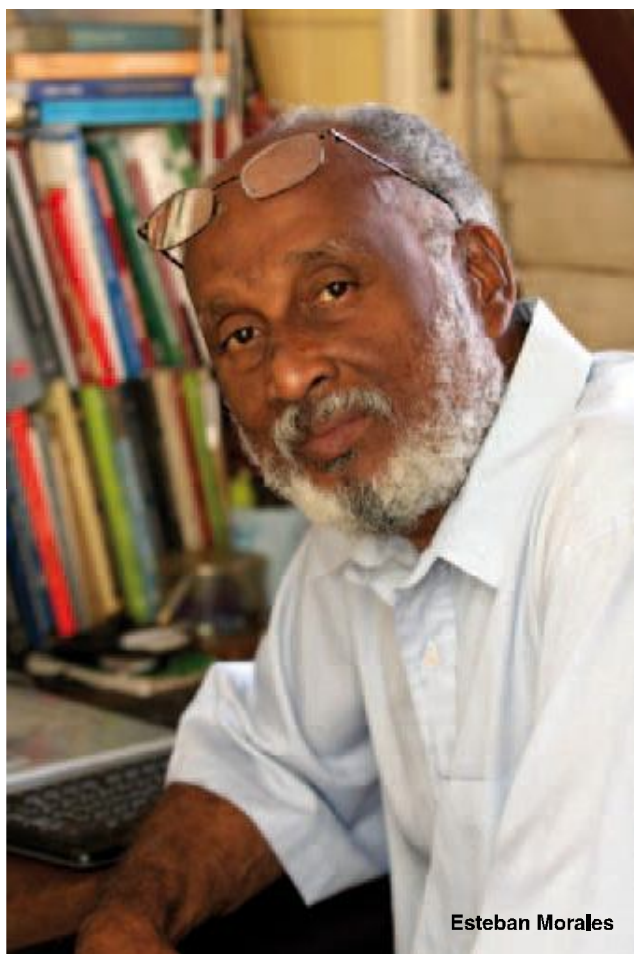
Si nos fijamos en las noticias internacionales de los noticieros televisivos, veremos que estos mantienen un esquema, que es el mismo todos los días y nada tiene que ver con el potencial noticioso que es posible extraer vía Internet de los medios informativos internacionales. Solo viene a salvar esta situación de aburrimiento acumulado el programa Dossier, de Walter Martínez, pero que se transmite un día después de aparecer en Telesur. En Cuba ni siquiera se refleja toda la información que transmite esa emisora, de la cual incluso nuestro país es accionista. Hay una Telesur para Cuba, que no es la misma que se ve en otros lugares de América Latina.

Lamentablemente nuestra prensa se sostiene sobre la base del monopolio de la información y la impunidad que esa situación le confiere. No se siente en la obligación de responder ante la opinión pública por sus deficiencias y por las críticas y reclamos que se le for-

mulan. A pesar de lo que se le ha criticado en varias ocasiones, por la más alta dirección del país, no se ha logrado que la prensa reduzca la distancia entre la realidad y su no expresión en los medios.

Luis Sexto. Habré de referirme a la prensa cubana actual. Objetivamente, no resulta exacto igualar el presente con el pasado de la prensa revolucionaria en el poder, es decir, desde 1990 hacia atrás. Hoy atraviesa una etapa muy diferente a cuando partió, en 1965. Durante los años 60, 70, 80 y hasta principios de los 90, los periódicos y revistas fueron más abiertos, menos fiscalizados y sobre todo gobernaron su libertad hasta para decidir la publicación de textos conflictivos o cómo adecuar periodísticamente hasta una nota oficial. Al menos, ello es lo que le parece a este periodista que hace poco redondeó cuatro décadas en periódicos, agencias y revistas, y en la radio. Recuerdo que, si hoy parece una hazaña publicar en la *web* algo contra la corrupción interna, *Bohemia*, por libre iniciativa, alertó de ese mal en 1990 en un artículo de opinión bajo el título de “Vivir como todos”.

Hoy, en cambio, los medios impresos, incluso las secciones informativas de la radio y la televisión, son



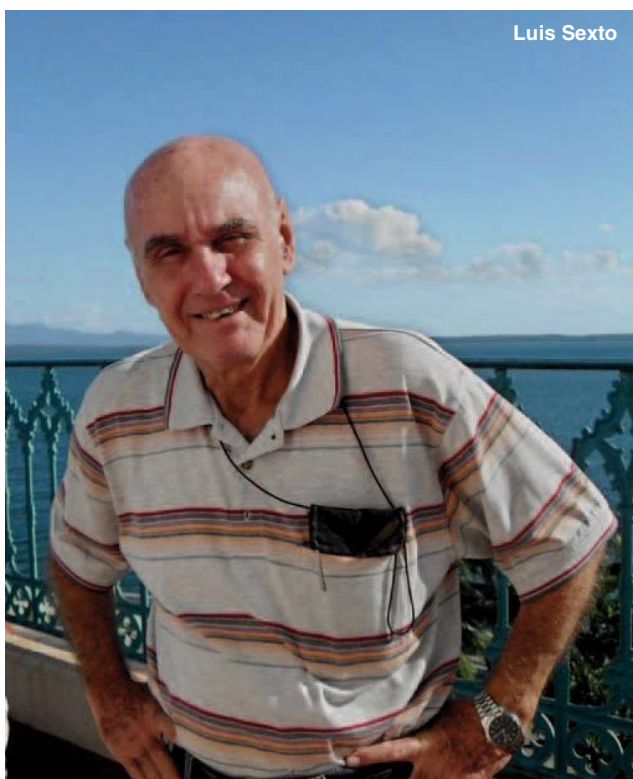
Esteban Morales

objeto de un mayor control por parte de lo que llamamos aparato oficial. ¿A causa de actitudes y capacidades humanas, o por razones estructurales, o por imperativos de las circunstancias? Me parece que esas causas se convierten en concausas: todas intervienen. No podemos desconocer el papel de la falsa conciencia con que desde hace más de 20 años se juzga a la prensa. Todavía pesa en la ideología dominante la última etapa de *Novedades de Moscú* y la revista *Sputnik*, cuyos contenidos y lenguaje crítico estaban influidos por la *Perestroika* y la *Glasnost*. Por ello, pende como una amenaza el criterio de que la prensa soviética, sin control, colaboró en la caída de aquel socialismo que, a pesar de sus aciertos, según sabemos, tenía muy poco que ver con Marx y Lenin.

Hemos de tener en cuenta también que las fuentes de noticias permanecen cerradas, o casi renuentes a tolerar la presencia de periodistas. Posiblemente, ministerios y empresas no hayan recibido, para ello, una recomendación u orden explícita del Partido. Si recordamos las aún recientes resoluciones del Buró Político –la última de 2007-, vemos cómo estas instan a las fuentes a abrirse. Pero ministros y directores tienen poder en sus respectivos organismos, y pienso que el temor de estas estructuras a la prensa no sea político, sino pragmático: la prensa descubre, la prensa denuncia y hace públicos errores y erratas. Por ello, en algún momento de los últimos 15 o 20 años, la prensa, para entrar en ciertas fábricas o instituciones, ha tenido que contar con autorización, hasta del ministro. Incluso, algunos de cuantos hoy critican acérrimamente a la prensa, cuando ocuparon funciones oficiales dijeron lo mismo: “Eso no se puede publicar”.

Sin embargo, tengo la certeza de que la prensa recibirá el espacio que le corresponde. No parece coherente haber aprobado resoluciones que apoyen políticamente el ejercicio de la crítica y el acceso de la información y que existan luego limitaciones impuestas desde los organismos políticos, además de los estatales. También influye el cambio generacional en la calidad de la prensa. Dicho un tanto sintéticamente, en un periódico han de coincidir tres generaciones: la que está a punto de terminar su vida profesional, la madura y la que comienza a ejercer el periodismo. De acuerdo con mis datos, los medios se han quedado casi sin las dos primeras generaciones, parte de cuyos miembros se han jubilado o han cambiado de trabajo. Y aunque los jóvenes egresan de los centros de formación con teoría y con alguna práctica, carecen de experiencia para evitar el periodismo explícitamente propagandístico que se construye en nuestros medios.

Jorge Gómez Barata. Agradezco a *Espacio Laical* la convocatoria a una reflexión colectiva sobre la prensa cubana a la cual me sumo con respeto a la publicación, al tema y a los miles de compañeros que trabajan en



Luis Sexto

ese sector, el más expuesto al escrutinio público y el más vulnerable a la crítica. Acepté la encomienda desde el indeclinable compromiso de los militantes revolucionarios porque creo que el ejercicio puede contribuir a los esfuerzos renovadores en curso. No soy un espectador del proceso revolucionario sino uno de sus protagonistas; disfruto de sus conquistas, comparto el mérito por lo creado y asumo como propios los errores cometidos y, hasta donde me toca, respondo por ellos.

Como en cualquier lugar, la prensa en Cuba es parte de la estructura social, del sistema político y del contexto cultural. Por tanto, las evaluaciones deben remitirse a esos escenarios que en nuestro país se caracterizan por el control estatal centralizado, la dirección vertical y la homogeneidad ideológica; todo ello en una coyuntura de cambios y en el contexto de una "plaza sitiada," cosa que no es una metáfora sino una realidad dramáticamente vigente.

La prensa en Cuba no es plural ni abierta porque así no es la sociedad en que existe, la cual establece idénticos cánones para todas las instituciones sociales. La diferencia radica en que, dado su significación para la conducción de la sociedad, en la prensa se procede con menos flexibilidad y tolerancia que en otras áreas de la cultura, el cine o el sector académico. Es reiterativo afirmar que los patrones por los que se rige la prensa cubana, importados de la Unión Soviética, presentan deficiencias estructurales que los hacen ineficaces y anacrónicos.

No debe obviarse el detalle de que la prensa revolucionaria cubana no fue siempre como es ahora. Los

diarios *Revolución*, *Noticias de Hoy*, *El Mundo*, la revista *Bohemia*, así como los espacios informativos de la radio y la televisión, incluso el periódico *Granma* en su primera época, desempeñaron brillantemente su papel y acompañaron eficazmente los cambios que se realizaban. La prensa de aquellos años, aunque no era perfecta, fue como un acta o como una ilustrada crónica de las transformaciones revolucionarias. No hay un solo hecho o proceso relevante de la época, incluyendo momentos políticamente incómodos, que no se reflejaron en sus páginas. Cuando la conducción política era más transparente, la efectividad de la prensa como instrumento de formación ideológica y movilización social era incomparablemente mayor.

Todo cambió cuando se adoptó la experiencia soviética y se importó no solo su modelo económico, sino también la superestructura política, los criterios institucionales y las prácticas ideológicas vigentes allí. Aquel trasvase no dio lugar a una mutación progresiva, sino a un proceso anómalo mediante el cual se importaron diseños fallidos y malas prácticas. Así apareció en Cuba la prensa oficial, rectorada centralmente, que a la larga no fue un avance sino todo lo contrario. Aunque desde antes el modelo evidenció notables carencias, con la crisis del socialismo real se degradó e hizo visibles sus malformaciones estructurales. Por razones conocidas, y en algunos casos explicables, asociadas a la necesidad de resistir para sobrevivir, la rectificación de aquellas situaciones se aplazó y luego se congeló. La prensa cubana quedó como detenida en el tiempo. En clave política es como si para ella los últimos 20 años no hubieran transcurrido.

El error de nuestra generación no fue aplicar una experiencia que creímos positiva, ni seguir un camino para la construcción del socialismo que estimamos exitoso, sino ignorar las evidencias de que habíamos errado al copiar del modo como se hizo. La culpa es mayor porque en los años 80, antes incluso de que se iniciara la *Perestroika* y la *Glasnost*, Fidel Castro se percató del error, particularmente con respecto al modelo económico, por lo cual convocó a la Rectificación de Errores y Tendencias Negativas. Inexplicablemente, las reflexiones de entonces no fueron acompañadas de análisis sobre otras esferas. Treinta años después de los llamados a la rectificación, y 20 del fin de la Unión Soviética, todavía la prensa cubana se gestiona con criterios que eran discutibles ya en la época de los bolcheviques. El exceso de control y el celo ideológico no han hecho mejor a la prensa cubana.

Justo Planas. Primero creo que es bueno aclarar que considero prensa cubana a toda aquella que realizan cubanos sobre Cuba o con la mira puesta en Cuba para lectores cubanos. No pienso que se limite a la prensa que se publica en la Isla, pues fuera de ella también existe una diáspora que necesita consumir

informaciones y comentarios que se ajusten no solo a sus necesidades, sino a sus perspectivas; y hay medios que se proponen cumplir estos objetivos. Ignorarlo sería caer en las muy oportunas exclusiones que, tanto en la Isla como fuera de ella, realizan los medios de prensa cubanos, cada uno de ellos generalmente dispuestos a reconocer solo la parcela de realidad y pensamientos que mejor se les aviene, si bien permanecen muy atentos a lo que dice el Otro. La falta de pluralidad, la escasez de un diapason de criterios y enfoques al interior de cada medio de prensa cubano no se restringe a la esfera política, sino que se extiende al periodismo deportivo, cultural, de salud... no solo es una cuestión de contenido, tiene también una base formal.

En su libro *Géneros de opinión*, decía el fallecido decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, Julio García Luis, que se debía "luchar en dos sentidos: de un lado frente a la superficialidad y el liberalismo, muchas veces asociados a la ignorancia y a la falta de criterios sólidos; y del otro, frente al esquematismo, la machaconería y la repetición aburrida de citas, consignas y clisés, que tampoco prestan ningún servicio a la prensa o a la Revolución." En la mayoría de los casos, basta con argumentos sólidos para convencer al lector, "no hace falta gritar." Ese periodismo exaltado, poco reflexivo, ha hecho estragos fuera y dentro de la Isla; se enfrenta al criterio ajeno como si de una guerra se tratara (oficialmente se cree que así es en efecto), e impide ver lo que tiene de sensato el discurso del "contendiente." Se resume en lo siguiente: la prensa cubana no cree que existen múltiples verdades, cree en una sola Verdad.

Otra característica es que las intenciones de cualquier trabajo periodístico cubano son políticas, no importa que se escriba una crítica de ballet o una crónica sobre el día de los enamorados. Resulta difícil hacerle comprender a los colegas cubanos que debe existir también un periodismo lúdico, de ocio. Un artículo de esos que aparecen en yahoo.es sobre el vestido que usó Shakira en su último concierto tiene ¡muy al fondo! un discurso político; sin embargo, en nuestros textos son los otros temas los que sirven de respaldo.

La prensa cubana de la Isla, afortunadamente, ha expurgado el sensacionalismo que tanto daño hace en otras naciones, si bien suele ser demasiado estricta con todo lo que le huele a banalidad. Nuestros periódicos (no tanto la radio y la televisión) realizan un uso encomiable del español, si se le compara los de otros países caribeños y latinoamericanos; pero, ojo, los periodistas cubanos no toleramos otro registro que no sea el formal, nos cuesta ser coloquiales y jamás escribiríamos una mala palabra como hacen los diarios españoles en ciertas columnas, sin cargo alguno de conciencia.

Con decir que el periodismo cubano pertenece a la tercera edad y va dirigido a la senectud, creo que lo digo todo. Porque su manera de acercarse al públi-

co, sus intereses noticiosos y su uso del idioma no se ajusta a nuestros tiempos, al ciudadano de hoy. Para comprobarlo, basta con ver las colas que se hacen en los estanquillos cada mañana, basta con fijarnos en los más fieles consumidores de noticieros de radio y televisión. La prensa está hecha a la medida de ese público.

Aurelio Alonso. Parto del supuesto de que la pregunta se refiere a la prensa cubana de hoy, sin la pretensión de una mirada a la que precedió a la transformación revolucionaria. Este ha sido y es uno de los temas más polémicos en los años que corren. Un tema que merece valoraciones críticas, las cuales tampoco han faltado. Pero cuando el dedo es puesto en la llaga, la censura hace su aparición. Hacia 1994 participé en el jurado de la segunda edición de la colección *Los Pinos Nuevos* y entre los títulos escogidos figuraba la versión resumida de un trabajo de diploma de una recién graduada en periodismo, bien argumentado, con testimonios críticos, un libro polémico, el cual, tras algunas discusiones, llegó a imprimirse con toda la selección que propusimos..., para ser después hecho pulpa. Es un ejemplo que me tocó vivir de manera directa.

En todo caso, creo que dos elementos caracterizan una tendencia generalizada al hacerse juicios sobre el tema de la prensa en Cuba: uno es que extremar el inventario de errores y defectos es muy fácil porque las deficiencias de nuestra prensa son evidentes y recurrentes; el otro es que la cuenta de los problemas de la prensa se le suele pasar completa a los periodistas. Los patrones informativos esperados del periodismo de la nueva sociedad tenían que corresponderse con un cambio de valores. Procurar la verdad como divisa, sin permitir que intereses mercantiles, políticos o ideológicos la deformaran. Sin remover la vieja estructura social no era posible alcanzar este objetivo. ¿Pero bastaba con ello para lograrlo? Parece que no. La otra divisa fue eliminar el sensacionalismo y mantener un plano de respeto humano en el tratamiento de la información. Creo que esto último ha sido y es un valor bastante logrado que nos distancia positivamente de la prensa burguesa. Pero en el plano informativo, el peso de la orientación y las restricciones impuestas desde las instancias de decisión política anula, en la práctica, todas las virtudes que querríamos ver extendidas en nuestra prensa: frescura de pensamiento, agilidad y claridad informativa, espontaneidad, carácter polémico, cuestionamiento crítico y, hasta por carambola, la veracidad, proclamada como consigna principal de una prensa revolucionaria. Porque al final, sin quererlo, podemos faltar también a la verdad tratando de salvar la espalda.

Para resumir, caracterizan a la prensa cubana de hoy la desinformación, la retención temerosa de lo que es noticia; el sometimiento vertical de los diarios (y otras publicaciones periódica) a un criterio externo, oficial (el de una instancia del Partido, aunque igual daño

haría que lo fuera de un ministerio u otra institución política); la falta de confrontación, el rechazo al disenso en la selección de lo publicado, la censura (cuando se dice simplemente “eso no puede publicarse”) y la autocensura (la deformación profesional de omitir todo lo que se presume que va a ser omitido); el desencanto profesional que me imagino debe sufrir gran parte de los periodistas en el ejercicio de realizar su misión de informar con el mayor provecho del público. No tengo la menor duda de que en nuestro periodismo están las capacidades para hacer una prensa mucho mejor que la que tenemos.

2- ¿Existe una política informativa en Cuba? ¿Quién diseña esa política y quién define lo que se publica?

Esteban Morales. Hay claramente una política informativa. El que los dos periódicos nacionales de circulación diaria tengan las mismas noticias, expresadas de casi idéntica forma y que el noticiero estelar de la televisión sea una copia casi exacta de esos periódicos, evidencia, por una parte, que existe esa política informativa y, por otra, la inflexibilidad de ella, que no permite aportes o variaciones a lo que se considera que deba ser informado.

Se repite constantemente por la radio, la televisión y la prensa escrita, un mismo esquema informativo. De modo que si usted ve la Revista de la Mañana en televisión y escucha la primera emisión mañanera de Radio Reloj, prácticamente se puede ahorrar la lectura del periódico. El noticiero televisivo de las ocho de la noche, es una versión resumida del transmitido al mediodía, que resulta ser el menos malo, principalmente por ser el más extenso. El noticiero del cierre, es apenas una raquítica minuta del Noticiero Estelar de las ocho de la noche, que dura apenas media hora.

Solo el periódico *Trabajadores*, semanalmente, refleja algunas cosas nuevas de interés. *Juventud Rebelde* es una inaceptable repetición del periódico *Granma*, sin apenas tratar ampliamente y a fondo los problemas e inquietudes de los jóvenes, a quienes supuestamente está dirigido. En ocasiones, el aburrido y reiterado esquema informativo diario parece estar concebido para aprenderse de memoria las pocas noticias que se brindan y son continuamente repetidas.

No son los periodistas, ni siquiera la dirección de los distintos medios, los que trazan esa política y deciden lo que debe ser dicho y cómo debe decirse, los que debaten la estrategia ni deciden lo que se publica. Los periodistas no pueden influir en nada en su estrategia, ni siquiera a veces atreverse a dar sus opiniones. Solo obedecer. Y eso no lo digo yo, lo han dicho periodistas de los propios medios.

La política informativa la traza un aparato político administrativo, que censura o permite qué se puede y qué no se puede publicar. Esa superestructura políti-

co-ideológica de mando, se comporta como rectora de la información y la orienta y dirige. Eso provoca que la prensa tenga la desventaja de carecer de voz propia y oído crítico, lo cual le impide desempeñar el papel que le corresponde.

Recientemente una gran parte del país, incluyendo La Habana, estuvo a oscuras y tuvimos que esperar varias horas para enterarnos de lo que estaba sucediendo. Eso ocurre porque, aunque estén “lloviendo raíles de punta”, nadie puede tomarse la iniciativa de informar si previamente no recibe la orden desde “arriba”.

La programación deportiva está también sujeta a la misma política. No hace mucho, en una transmisión de los juegos de pelota del equipo de Cuba en México, cuando los narradores mexicanos comenzaron a hablar de los jugadores cubanos con éxito en las Grandes Ligas y se refirieron al Duque Hernández, se cortó la transmisión de la voz y el narrador cubano informó que había problemas de audio, y siguió él describiendo el juego. Esto fue interpretado por los oyentes, como un acto deliberado para impedir que se siguiera hablando del tema. ¿Por qué la gente no podía saber qué pasaba con el Duque Hernández? ¿Por qué se transmiten los



Jorge Gómez Barata

partidos de fútbol internacional y no se puede ver el beisbol de las Grandes Ligas, como desearían muchos cubanos, cualesquiera que sea su posición política?

Se trata de una prensa que más de 40 años después de haber asumido un esquema informativo, no lo ha abandonado, y se ha quedado desactualizada y a gran distancia de lo que el público de hoy, más instruido y culto, necesitaría recibir. Este esquema parte de dos premisas; una de que aquellos a los que va dirigida la información, son poco menos que ignorantes, no tienen capacidad de discernimiento y análisis y deben ser orientados. La otra, de que no tienen otra vía para informarse y solo conocerán lo que nuestra prensa le suministre, con los análisis que incluya. Ambas premisas son erróneas. La población cubana actual es mucho más instruida y culta que la de los años 60 y tiene suficiente cultura y perspicacia política para analizar la información que recibe.

No es posible pretender que el ciudadano vea, escuche o lea, solo aquello que está dentro de un esquema nacional de comprensión del mundo y de nuestra realidad, que no se sabe qué genio la formula. De manera directa o indirecta tiene acceso a otras fuentes de información, que en los años 60 no tenía, gracias a la computación, a los turistas que visitan nuestro país, a las relaciones con los familiares en el extranjero y a los viajes que hacen a otros países.

Luis Sexto. No creo que exista hoy, en la práctica, una política informativa. Al menos no existe como reguladora consecuente. Parece que se soslaya el papel que aun en la sociedad socialista, y tal vez por ello, ha de ejercer la prensa. Por lo tanto, continúa sometida a los altibajos de las coyunturas políticas, aunque el documento base de la reciente Conferencia Nacional del Partido aprobó sobre la prensa los objetivos 70 y 71: "Reflejar la realidad en su diversidad; informar de manera oportuna, objetiva, sistemática y transparente; estimular el análisis y ejercicio permanente de la opinión, y desterrar la autocensura, la mediocridad, el lenguaje burocrático, la retórica, el triunfalismo y la banalidad".

Esos propósitos, evidentemente, integran una política. Habría, por tanto, que desterrar también las trabas que aún impiden aplicarla. Diría, incluso, que un artículo o un reportaje críticos no dañan al país; que un amplio universo informativo no lo daña. En cambio, lo perjudica la falta del artículo crítico o de la información. De ese déficit se aprovechan también cuantos satanizan al gobierno cubano.

La política informativa se ha decidido comúnmente en los congresos del Partido Comunista. Ahora bien, como hemos visto, la política se desvía, y donde se ha de abrir se cierra. Imaginar, sin embargo, que todos los días un funcionario del Partido visita a los medios para decir qué se publica y qué no puede publicarse resultaría un tanto simplista. Quizás, por ciertas evidencias, en

algunos medios provinciales se actúe así, tan descaradamente. Los medios tienen un espacio para decidir sobre su forma y su contenido. Sería injusto afirmar que, actualmente, todo se consulta y que para todo se pide permiso. Se consulta, en efecto. Pero descontando asuntos estratégicos, existentes en cualquier país, el consejo editorial de un medio, al menos en los nacionales, decide qué y cómo se publica o se difunde, aunque la brecha se abre o se cierra dependiendo de qué se clasifique, políticamente, como estratégico. En esa percepción, exacta o desmesurada, operan también las actitudes y las capacidades humanas. Como es evidente, no aprovechamos hoy, internamente, el espacio que nos dejan las regulaciones exógenas, más rígidas que nunca antes en las presentes circunstancias. Nadie ha prohibido el título sugerente, ni el *lead* interesante, ni el reportaje formalmente revelador, o el artículo que roce la realidad más profunda, aunque sea sugiriéndola.

Jorge Gómez Barata. Al respecto habría que tener en cuenta que en los países socialistas que sirvieron de modelo a Cuba, las prácticas de control de la información no aludieron solo a la prensa, sino a la comunicación social en su más amplio sentido. Se trata de comportamientos asociados a la idea de la exclusividad ideológica y a la existencia de un pensamiento oficial que se hace más visible en la prensa, aunque no es exclusivo de ella.

No obstante la existencia o no de una "política informativa" me parece francamente irrelevante. Las políticas tienen derecho a existir; lo importante es que sean correctas, viables y permitan un desempeño eficiente del área que se trate. No se cuestiona hoy la política cultural, ni la que rige las relaciones con la religión, la Iglesia y los creyentes porque son básicamente correctas, inclusivas, permisivas y aperturistas.

En realidad lo que importa es que las políticas sean eficaces, coherentes y compatibles con las exigencias generales de una profesión cuyo desempeño requiere de márgenes de libertad. Es también importante que los operadores a cargo de la ejecución de las políticas dispongan de la calificación necesaria, no sólo para controlar que se cumplan las reglas sino para diseñar reglas apropiadas. Tal vez si hubiera una política informativa consensuada con periodistas y directivos, todo marcharía mejor.

Justo Planas. Es una política diseñada, al final de una larga cadena, por el gobierno de Cuba. Primero, los jefes de redacción son cuadros del Partido Comunista de Cuba (PCC); segundo, los directores de medios de prensa —algunos de ellos ni siquiera periodistas o con una idea muy pobre de lo que es el periodismo— reciben la asignación directamente del Comité Central; tercero, los medios de prensa están asociados a una institución

rectora, generalmente política: *Juventud Rebelde* a la UJC, *Trabajadores* a la CTC... Con esta estructura, es difícil que un texto escape de las intenciones informativas oficiales –de moda–, aunque para mayor seguridad, antes de llegar a las manos de los lectores, cada trabajo –al menos de la prensa escrita– sigue una lista de ojos expertos en encontrar frases descarriadas o intenciones dobles. Los periodistas de a pie, puesto que son pueblo raso como cualquier lector, conocen al dedillo las aristas polémicas de la situación nacional, están generalmente muy al tanto de lo novedoso (o peligroso) que está sucediendo en las áreas que atienden; y negocian con sus jefes como pueden (aunque ganan uno de los salarios más bajos de los profesionales cubanos) la publicación de los textos “malditos”; que suelen ser los que más trabajo dan y muchas veces nadie les pide (porque no conviene) que los hagan. Por eso siempre me resulta chocante que ciertos políticos muy al tanto de la estructura mediática nacional, se refieran (demagógicamente) a las incapacidades de los periodistas cubanos, cuando en realidad se trata de “incapacitaciones”.

Aurelio Alonso. Por supuesto que existe; no solo una política informativa sino una bastante objetable por la excesiva regulación informativa desde el aparato ideológico del Partido sobre los órganos de prensa y el ejercicio del periodismo. Y aclaro que no es que

piense que el Partido no tenga por qué involucrarse en el fenómeno mediático, sino que estoy convencido de que no es así que tiene que hacerlo. Yo diría que la política informativa cubana se basa en la interpretación más estrecha e impropia de la proverbial formulación de 1961: “Dentro de la Revolución todo. Contra la Revolución nada.” Aquella reflexión en la cual Fidel Castro redujo a su exacta expresión el sentido del término prohibitivo “nada,” precisando “ningún derecho” a destruir el sistema, con la amplitud que ofrecía afirmar “dentro” en lugar de limitar, al desechar el “con,” la legitimación de libertades a niveles estrictos de compromiso ideológico.

La política informativa en vigor, sin embargo, parece haber estado dominada por otra lectura: una que busca el “contra” en cualquier disenso. Hasta tal punto que para que se produzca un signo de audacia periodística ha habido que esperar a que sea inducido, o incluso orientado, por las instancias de dirección política, normalmente por las más altas, o al menos que “haya señales.” La responsabilidad se convierte en la relación entre quién debe consultar y quién puede autorizar. La lista de los consultantes sería, por supuesto, la de los periodistas; y la de los que autorizan, un número reducido de escalones de la nomenclatura partidaria. Los periodistas tienen muy poco espacio para decidir por sí mismos (los órganos para los cuales trabajan también), y en ocasiones se ven sometidos a un adocenamiento creativo impuesto por la imposibilidad de ejercer su oficio con la autonomía, la imaginación, la audacia y el sentido crítico indispensables. Por tal motivo, repito que considero superficial limitarse a definir el problema como deficiencia del ejercicio profesional, sin decir tampoco con ello que no haya periodismo malo. Y lo triste radica también en que, como contrasentido, la mediocridad puede ser evaluada por encima de la excelencia, en tanto se prioriza un rasero de obediencia.

3- ¿Qué propósitos proclaman quienes defienden ese estado de cosas?

Esteban Morales. No son muchos los que escriben ripostando las críticas que se hacen a la prensa cubana, pero los que lo hacen, proclaman defender a la Revolución del daño que haría el que se divulgaran informaciones críticas sobre nuestra realidad. Parten de que el bloqueo y la enemistad del gobierno de Estados Unidos y los grupos de cubanos de Miami que desean y actúan con el interés de derrocar al gobierno revolucionario, son suficientes argumentos para no divulgar nuestros problemas. Pero esa política no puede justificarse con el bloqueo, con la histórica agresividad de la política norteamericana, ni con la pobreza que debemos estoicamente combatir y soportar. Porque eso es tener lástima de nosotros mismos. Justificaciones como esas, lejos de contribuir a solucionar los problemas, los agravan y ponen en manos de las personas menos adecuadas, y en ocasiones mal intencionados, la exposición y análisis de ellos.



Luis Sexto. Sin generalizar, ni exagerar, advierto que algunos funcionarios gustan del secretismo, del misterio. Esa actitud de actuar bajo un riguroso hermetismo es una construcción ideológica cuyo generador fue, en un principio, la guerra que los Estados Unidos libran contra la Revolución y el socialismo. Por mucho tiempo el país ha necesitado guardar secretos. Y se comprende esa medida cautelar. Pero si el secreto es una acción o reacción justificada ante la agresión, el secretismo es una manifestación de patología social. Esta última reacción integra la llamada “vieja mentalidad”.

No obstante esa tendencia, ya vimos que existen documentos y declaraciones del Partido y de los principales dirigentes políticos que exaltan a la prensa como un instrumento capaz de ayudar a preservar e incrementar la salud de la sociedad. No dudo, a pesar de las contradicciones prácticas, de la sinceridad y las convicciones de esas ideas que defienden la existencia de una prensa más aguda y abierta.

Pero aclaremos: aun en los mejores momentos de nuestra prensa, hubo criterios opuestos a darle excesiva libertad. Convengamos en que la prensa, tanto como la crítica, según Alfonso Reyes, es una “insolencia de segundo grado”. ¿Quién que haya sido periodista antes de 1990 no encontró una puerta cerrada, o una mirada hostil proveniente de una u otra persona? Pero ello hoy podría considerarse normal si el profesional de la información pudiera tener alternativas. Antes de esa fecha las había. Valga un ejemplo personal. En 1994 o 1995, el ministro de Agricultura me negó una entrevista sobre las Cooperativas de Producción Agropecuaria (UBPC). No obstante, pude buscar otras fuentes, incluso no oficiales, para lo cual invertí más tiempo, pero conseguí la información de modo que el artículo apareció en *Bohemia* con el título de “Ser o no ser... autónomas, esa es la cuestión”. Fue el primer texto publicado en la prensa que alertó sobre la burla burocrática de la autonomía en las UBPC. Recientemente, el Ministerio de la Agricultura ratificó e instrumentó la aplicación de la autonomía, establecida también en la antigua ley, para estas cooperativas sobre tierras estatales. ¿Tardíamente? No sé; ese adverbio temporal puede ser engañoso. A mí me alegra más la rectificación que pasar cuenta al error ya superado.

Creo, por otra parte, que al no parecerse al país en lo que informa u opina, la prensa pierde credibilidad, y con esta pierde capacidad para secundar las políticas sociales y económicas. Con una prensa restringida en su alcance editorial, las alfombras también podrían esconder acciones muy negativas. Para evitar la corrupción no bastan la Contraloría General y el control administrativo.

Jorge Gómez Barata. No se trata de “ellos” y de “nosotros”. No creo que dentro de la Revolución haya

unos que defienden un estado de cosas y otros que se oponen. La cohesión todavía existe. El problema es más global y alude al proceso en su conjunto, a las estructuras sociales que están urgidas de una rectificación total. Nadie en su sano juicio puede creer que las instituciones cubanas son perfectas y no necesitan ser actualizadas. Lo que ocurre es que, en la definición de las prioridades, se ha preferido avanzar primero en la economía y luego en lo demás. El problema es que esa “definición de las prioridades” sea atinada.

Justo Planas. Imagino que los otros hayan respondido muy claramente esta verdad a gritos, por eso quisiera referirme al despropósito que esto implica, como todos conocen, la oficialidad de cualquier medio de prensa cubano, su vínculo institucional. No se pueden cuestionar ni discutir ciertos temas con el nivel de seriedad que exigen porque al instante la prensa internacional deduce de lo dicho una postura oficial. Por mucho que para el gobierno no implique conflicto alguno, y que le sea incluso de ayuda, la prensa nacional debe hacerse de la vista gorda ante ciertas noticias del mundo o ciertos retos del hoy cubano, para evitar el cotorreo de la prensa no cubana.

Aurelio Alonso. Yo diría que son seres humanos, revolucionarios marxistas, posiblemente sin tacha, que profesan una fe sin muchos matices, la cual responde a una visión equívoca de la responsabilidad política, entendida como facultad discrecional, y que toca principalmente a la prensa, aunque no solo a ella. Los investidos de la competencia de decidir son considerados protectores de la pureza informativa, provistos de la capacidad de juzgar por encima de los que escriben. La idea de que no todas las cabezas están preparadas para todas las verdades, y que alguien tiene que dosificarlas es muy vieja en la Historia. Pero específicamente ahora se manifiesta como uno de los rasgos heredados de la lectura catequética del pensamiento marxista, a partir de que la revolución proletaria se convierte en fuente teórica del nuevo poder. Se compensa con el argumento de que no se deben poner a la luz los defectos o los errores de la Revolución para evitar el uso que el enemigo puede hacer de ellos, limitando además a los que tienen que corregirlos con un peligroso espejismo conformista. Stalin hizo, tal vez, la mayor contribución a este modo de concebir las relaciones entre el ejercicio de la política y su relación con la prensa, aunque no conozco que uno solo de los regímenes proclamados en el pasado siglo como socialistas no haya practicado un control riguroso y a menudo arbitrario de lo que se publica, y aplicado la censura sin vacilación. Mijaíl Gorbachov, presunto introductor de la transparencia informativa en su propuesta de reformas (*glasnost*), no vaciló en ocultar cuanto pudo a la opinión pública la tragedia de Chernóbil. Llegó a ser tan grave y nocivo

el desastre del silencio y el ocultamiento como el del accidente en sí mismo.

4- ¿Cuál es el resultado político, social y económico de este estado de cosas?

Esteban Morales. El principal y más peligroso resultado es la desconfianza en la veracidad de lo que se publica. El lector común ha perdido la confianza en la información tanto nacional como internacional que se brinda. Y lo más grave es que esta desconfianza no se circunscribe a la prensa, porque se identifica esta con el Gobierno y el Partido, que es quien la dirige, por lo que también afecta la credibilidad de estas instituciones. Un dramático ejemplo ilustrativo de ese resultado es la desconfianza generada en la información internacional después de la debacle del socialismo en Europa. Recordemos que la URSS y los países socialistas eran presentados siempre en nuestra prensa como paraísos sobre la tierra. Sorpresivamente, la población conoció que existían problemas de los que nunca se les había informado y que dieron al traste con ese sistema. Así, un acontecimiento tan traumático para el país constituyó también una inmensa deuda de nuestros medios informativos y entronizó la duda en la población sobre las informaciones de los acontecimientos internacionales de hoy en día, como los sucesos de Libia y, actualmente, los de Siria. Reflejo de esta desconfianza es la búsqueda de otras fuentes de información, sobre la cual, a pesar de las grandes limitaciones para el acceso a internet, no es posible ejercer un control efectivo.

Es en ese escenario, que se crean las condiciones propicias para el surgimiento de los rumores o “bolas”, que aunque generalmente se culpa a elementos contrarrevolucionarios de haberlas originado, son precisamente las deficiencias informativas las que en la mayoría de los casos constituyen las causas de su origen. Generalmente, las “bolas” magnifican los problemas existentes y en algunos casos se refieren a hechos o problemas inventados, pero en muchos casos, posteriormente son informados por la prensa, aunque con una connotación menor. Eso sirve para confirmar la veracidad de las “bolas”, lo que contribuye a aumentarlas.

La baja calidad de la información hace que esa prensa cada día esté más lejos de aquellos a los que supuestamente deben informar y tal vez, hasta orientar, lo que en la práctica, no estimula al lector. Me atrevería a decir que está perdiendo poder, precisamente por la forma extemporánea, dogmática, inefectiva y equivocada con que está siendo conducida.

Otra consecuencia de la política informativa, es que el extranjero que se interesa en nuestra realidad, al no encontrarla en la prensa cubana, se desplaza también hacia los medios alternativos. Por lo cual, nuestra prensa continuamente pierde espacio y prestigio, también para informar sobre Cuba, más allá de nuestras fronteras, porque su política es “vender” externamente un

país que no es el que realmente existe, ni el que conocen los que nos visitan y mucho menos, el que vivimos “los cubanos de a pie”.

Luis Sexto. Esos medios presuntamente no oficiales -algunos pueden pertenecer a otra “oficialidad”-, en su mayoría son digitales, y todavía su alcance es mínimo. Por exigencias de mi condición de periodista debo estar al tanto de ellos. Y me parece que predomina en muchas de sus páginas o pantallas la irresponsabilidad. En justicia, los medios oficiales guardan cierto decoro con respecto de lo que es verdad o mentira. En cambio, salvo excepciones, esos medios alternativos se caracterizan por publicar sin concierto ni acierto cualquier cosa y ejercer una crítica que no tiene en cuenta las circunstancias en que se mueve el objeto de su diatriba o reporte. O todo es completamente bueno o todo enteramente malo. Ya no sabemos qué se sabe y qué no se sabe sobre Cuba. Como objeto principal, algunas agencias, editadas en el extranjero, se proponen quebrantar, no importa si con la verdad o con la mentira, el actual orden en Cuba y, por ello, concuerdan con la política norteamericana. Si se olvida ese aspecto, seríamos injustos e imprecisos en cualquier análisis sobre nuestro país.

Entre los medios que puedo llamar alternativos, debo mencionar algunas revistas impresas, aunque tengan versión digital, cuyos enfoques y lenguajes se distinguen por la mesura y el equilibrio. *Espacio Laical*, por ejemplo –y estar aquí en este momento no compromete mi juicio. Hasta donde la he leído, aprecio en varios de sus números un enfoque sugerentemente alternativo en los análisis de nuestra realidad. Como pienso que lo es también, desde el lado oficial, la revista *Temas*. Ambas revistas se caracterizan por la profundidad y la multilateralidad de sus visiones. Claro, ambas también son medios especializados, menos imbricados con la información cotidiana e inmediata, y dirigidas a un universo menos general.

Jorge Gómez Barata. Se trata de una deuda social que se acumula y crece, de errores que se profundizan y de grietas en la cohesión social que se amplían (ninguna grieta se cierra sola). No se trata tanto de los errores que podamos haber cometido, que son evidentes, sino de la tardanza en rectificarlos, lo cual puede complicar la subsanación. Tratando de servir y de ser fiel al sistema, la prensa cubana puede llegar a descalificarse a tal punto que deje de ser útil para ese y otros objetivos; de hecho la credibilidad, que un día fue su mejor baluarte, está hoy expuesta a la duda. Es verdad que la prensa cubana no miente, pero omite y silencia.

Justo Planas. Hay consecuencias, claro, pero sobre todo es necesario siempre estar conscientes de que primero la prensa nacional es resultado del estado de

Foto: ManRoVal



Aurelio Alonso

cosas político, social y económico de la Isla. Recuerdo que cuando invitaron a Julio García Luis, en aquel entonces decano, y a Raúl Garcés, jefe de la carrera de Periodismo, al programa Libre Acceso, alguno de los dos insistió durante todo el tiempo que estuvieron al aire en que el sistema de prensa es siempre reflejo de su sociedad. Creí ver ahí una especie de guiño. No se puede cambiar la prensa *per se*, hay que cambiar la sociedad, las mentalidades. La prensa es un factor, pero es también una víctima. Siempre que alguien me pregunta socarronamente por qué no decimos lo que pasa en su centro de trabajo, lo invito que lo diga él primero allí, en vista de que le preocupa tanto. Mucha gente no quiere hablar abiertamente los problemas del país en las reuniones del trabajo o la cuadra, pero aspira a que los periodistas sí lo hagan. La prensa es reflejo de su sociedad.

Aurelio Alonso. El resultado es mucho más dramático que el de una equivocación pendiente de ser corregida, por dos motivos, a mi juicio. El primero es que se trata de algo que hemos padecido generación tras generación, con momentos de relativa apertura, casi siempre inducida, seguidos del retorno a la regimentación. ¿Estamos ahora bajo un aura aperturista? Yo diría que sí, que nos mantenemos bajo el efecto del

llamado reiterado al debate, pero no me perdonaría la debilidad de creerlo definitivo, aunque me gustaría pensarlo así. No solo por motivos personales sino, sobre todo, porque me cuento entre los que piensan, con el teólogo Anthony de Mello, que el sistema que elimina el disenso puede ser que gane su tranquilidad, pero lo hace al costo de empeñar su porvenir. Y, aparentemente, dentro del funcionariado pesa a veces más preservar la tranquilidad que asegurar el porvenir. No cabe duda —nadie la tiene ya en Cuba— que el efecto de la desinformación de saldo negativo de cara a cualquier propósito protector.

5- Gestionados por actores sociales cubanos de la Isla y de la Diáspora existen otros medios de prensa no oficiales. ¿Qué los caracteriza? ¿Qué papel juegan en la conformación de la opinión pública nacional?

Esteban Morales. La existencia de otros medios alternativos a través de los cuales la población recibe información, como Internet, la radio extranjera y los artículos de opinión y noticias que circulan por el correo electrónico, desplazan crecientemente su interés hacia la prensa oficial y aumentan el desinterés y desconfianza en lo que se publica.

De todos modos, quíerose o no, está emergiendo una prensa, que apoyada en las nuevas tecnologías, esta copando paulatinamente los espacios informativos. Prensa en la que el lector se va interesando de manera creciente. Son los blogs, los sitios *webs* apoyados por centros de debate, como *Temas*, *Criterios*, *Observatorio Crítico*, *La Ceiba*, *Espacio Laical*, *Cofradía de la Negritud*, *Moncada*, *Boletín SDP* y el correo electrónico, que dispersa a toda hora un tipo de información más realista, revolucionariamente crítica, de más nivel intelectual, que se corresponde mucho más con lo que la gente siente que debe recibir. Que se parece mucho más al tipo de periodismo que necesita la sociedad cubana dentro de un momento como el que se vive hoy en el país.

Entre sus principales características está la inmediatez y la diversidad de criterios. A través de estas vías alternativas se tiene acceso tanto a informaciones objetivas y veraces, de innegable valor, como a otras marcadas por el interés en dañar la imagen del Gobierno y el Partido.

Estas vías están fuera del control del aparato burocrático y consecuentemente tienen la posibilidad de referirse críticamente a problemas internos y sucesos internacionales que interesan a la población.

Es cada vez mayor el número de personas que tiene acceso a estas fuentes, como he podido comprobar personalmente por los artículos que he publicado en mi blog. Aquellas informaciones más interesantes se reproducen y circulan, llegando a personas que no tienen acceso propio a esas fuentes. Su influencia en el esta-

do de opinión de la población es también creciente y no puede ser ignorada.

Luis Sexto. A la prensa cubana le ocurre lo que hasta hace muy poco le ocurría a la emigración: estaba sometida a las coyunturas políticas; era un rehén político en ambas orillas, es decir, en Cuba, en Estados Unidos y en otros sitios donde se asientan ciudadanos cubanos. Después del reciente decreto ley No. 302, Cuba despolitizó en términos generales la emigración. El gobierno norteamericano, como respuesta a esa decisión, advirtió mediante sus voceros que Washington mantendría la Ley de Ajuste Cubano, causa primigenia y fundamental, según mi punto de vista, de la politización del acto de emigrar.

A nuestra prensa, pues, le convendría una ley que regulara, también en términos generales, el papel de los medios y su espacio, además de la expresión legal de la deontología periodística. Sería una base. Por otra parte, los medios necesitan ser regulados endógenamente. Si la ley apareciera y no reconociera la capacidad autorreguladora de la prensa, no tendría sentido. Y no reclamo la independencia, ni reclamo la privatización. La prensa es esencialmente una institución política de servicio público y, por lo tanto, no la concibo de otro modo que no sea como defensora de los intereses colectivos de la nación y como propiedad de la nación. ¿No se contradicen el servicio público de la prensa y su apropiación privada? Es decir, la prensa se caracteriza, aunque ya nos resulte extraño oírlo decir, por una compleja esencia de intereses clasistas e institucionales. ¿Acaso *The New York Times* se separa de los intereses de sus propietarios y accionistas, y de los intereses globales de los Estados Unidos? ¿Era Forbes uno de los “indignados” que reclamaban justicia en Wall Street? ¿Y se inscribe el grupo Prisa en el directorio como órgano de trabajadores sin trabajo?

En lo estratégico, pues, necesitamos una prensa como instrumento de las causas fundamentales de nuestra historia: la independencia y la justicia social, y en lo táctico la autonomía para decidir desde un consciente compromiso político. Pero determinar qué editores y qué profesionales ejercerían ese papel, sería, a mi juicio, el problema más peliagudo. Me inclino siempre hacia los más aptos en los órdenes profesional, ético y político.

También esa ley tendría que dictar, con derechos y deberes, la posibilidad de existir de medios alternativos en instituciones cuya relevancia e influencia social necesiten de constituirse en voz.

Jorge Gómez Barata. No me parece buena idea mezclar las cosas. Estamos hablando de la prensa cubana, aquella cuya misión es orientar, informar y servir a la sociedad y que es una obligación indelegable de la Revolución, del Partido y del Estado socialista. Hay

medios institucionales cuya misión es otra como son los de la Iglesia Católica que, como está ocurriendo con *Espacio Laical*, desbordan su cometido no porque quieran hacerlo sino porque ocupan vacíos creados por las omisiones de la prensa oficial. En cuanto a la “diáspora”, en el pasado hubo intentos legítimos, algunos de los cuales sobreviven: *Réplica*, *Areito*, *Radio Progreso Alternativa* y *Radio Miami*, pero, excepto la revista *Contrapunto*, ninguno se planteó circular o tener vigencia en Cuba y, dado a las “políticas informativas” y el trato dispensado a los actores políticos dentro de la emigración, son virtualmente desconocidos entre nosotros.

Además de los medios de la Iglesia Católica que de alguna manera (a veces muy precaria) han existido siempre, hoy día se conocen los espacios digitales y los *blog* personales, entre los cuales no hay nada que pueda llamarse “un medio de difusión” y que siempre tendrán radios de acción específicos y limitados. En cualquier caso, esos espacios deberán prosperar, y de hecho lo hacen y es importante que se conozcan, se disfruten y se utilicen en una acción social positiva, lo cual es una contribución a la cultura política y la formación de la opinión pública. Contra ello conspira la escasa conectividad, que no siempre es atribuible a elementos materiales y al bloqueo.

Creo que los medios alternativos, de una u otra orientación, tienen derecho a existir y de hecho hoy se multiplican, pero no será por ellos que los problemas en ese sector se resuelvan. Del mismo modo que los cuentapropistas no resolverán los problemas de la economía cubana, tampoco en el área informativa lo hará la prensa alternativa. La tarea corresponde a la “gran prensa cubana”.

Justo Planas. Las prácticas de estos medios no oficiales suelen ser muy parecidas a las de los oficiales en el plano formal. Son absolutistas, parten del criterio de que existe una verdad única, la suya, no matizan. Sobre todo los *blogs* padecen de cierto subjetivismo que los lleva a generalizar (exagerar) hechos bien puntuales que suceden a sus autores. Las publicaciones más serias, como es el caso de *Espacio Laical*, se deben a una institución (así sucede con los medios oficiales) que limita en mayor o menor medida sus acercamientos a la realidad por razones extraperiodísticas. El abordaje de las formas periodísticas, géneros y estilos suele ser igual de esquemático y pobre que en los medios oficiales pues están a cargo de periodistas *amateurs* frecuentemente (y en muchos casos peor).

No pienso que ejerzan una influencia notable en la opinión pública nacional porque en su mayoría se publican en Internet, sus lectores necesitan como mínimo correo electrónico y una computadora donde leerlos. Y el cubano promedio carece de estos recursos. Las publicaciones impresas no cuentan con la estructura de distribución de la prensa oficial, no pueden comprarse

en estanquillos, ni cuentan con suficiente tirada ni suficiente frecuencia, ni con la estabilidad para influir sobre la opinión pública nacional. Eso sí, imagino que varios de estos medios alternativos ejerzan cierta presión sobre los actores políticos cubanos más importantes, que deben leerlos. Pero de manera general, tanto las publicaciones “reformistas” como el fenómeno de los *bloggeros*, por muy buenas intenciones que inspiren a algunos de ellos, siguen siendo asuntos periféricos dentro de la realidad mediática nacional.

Aurelio Alonso. Sería mejor comenzar por preguntarnos qué hace oficial o no oficial a un órgano de prensa, dónde y por qué es legítimo (estoy entre los que creo que lo es) la existencia de lo oficial y donde no. En Cuba, hoy, el diario *Granma*, el semanario *Verde Olivo*, o el mensual *Palabra Nueva*, por citar solo tres casos, son la expresión más estricta de oficialidad (del Partido Comunista, de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia Católica). La revista *Casa de las Américas* se reconoce como órgano oficial de la institución homónima, en tanto *Espacio Laical* se inscribe desde hace poco en el Proyecto del Centro Cultural Padre Félix Varela, lo que se me antoja que la hace tácitamente oficial del mundo eclesiástico, si no lo era ya ¿no es así? Una y otra albergan, sin menoscabo de su carácter oficial, la diversidad, el debate y el disenso. Sin embargo, *Bohemia*, publicación no oficial, se acerca, por su contenido, a las más oficiales de las publicaciones. Hoy el universo digital ha revolucionado la información, lo cual quiere decir, en primer lugar, que fluye en mayor cantidad y variedad de formatos, como el sitio *web*, el *blog*, etc. En segundo lugar, significa que la correlación de lo útil y lo inútil en el caudal informativo también aumenta y se hace más necesario discernir ante el riesgo de terminar aplastados por un mar de banalidades. En tercer lugar, es más libre en tanto se hace más difícil controlar su circulación. Crea sus quimeras y sus farsas. Sin embargo es un mundo donde el oficialismo ocupa un espacio más entre otros miles. Aunque el acceso a Internet es aún muy restringido en Cuba, los órganos de la diáspora se vuelven accesibles a la Isla, y dinamizan con ello el debate en torno a la prensa. Pienso que el primer saldo de este caudal es la competitividad y, en mi opinión, solo puede ser positiva.

6. ¿Cuáles deben ser las garantías legales y materiales para desarrollar una prensa que satisfaga las necesidades de la sociedad y pueda, a su vez, ser controlada por la sociedad? ¿En qué medida podrían generar un impacto positivo?

Esteban Morales. Se va manifestando, haciéndose evidente, que una nueva prensa, que fuera capaz de superar las deficiencias de la actual, debiera tener las características siguientes:

Romper el vínculo estructural que la ata a ser una

prensa administrada solo por el aparato ideológico del Partido Comunista de Cuba. Eso puede continuar siendo así para el *Granma*, órgano oficial del Partido, y que solo debería quedar para las cuestiones políticas oficiales. *Juventud Rebelde*, debe ser un periódico dirigido y escrito por jóvenes y con un contenido enfocado hacia ellos. Debe existir otra prensa, tal vez liderada por la Unión de Periodistas y Escritores de Cuba (UPEC), que tengas enfoques diversos y más atractivos, con trabajos de investigación.

La estructura que hasta ahora funciona ya no es conveniente para la prensa en general. Debe permitirse a otros medios que desempeñen un papel más activo e independiente, en el contexto del debate político que vive actualmente el país. Lo que les permitiría participar más abiertamente en ese debate y entrar en asuntos y temas sin comprometer la política oficial del gobierno y el Partido. Lo que al mismo tiempo, les posibilitaría hacer política, nutrirla en su proceso de formulación, ejecución y rectificación, sin comprometer los esquemas propios de la política oficial, que tienden siempre a ser necesariamente más rígidos y duraderos.

Es necesaria la formulación de una Ley de Prensa que garantice a los periodistas el acceso a la información en instalaciones de los organismos; a los funcionarios y dirigentes, la obligatoriedad de brindar información y simultáneamente, la obligación de los periodistas de informar verazmente y no escribir artículos o noticias que promuevan la violencia y la discriminación por ningún motivo. El trabajo político-ideológico se tiene que desenvolver en un contexto diferente. Antes, no existía prensa extranjera en el país, no había acceso alguno a la agencias extranjeras, la radio de onda corta era muy limitada, la televisión solo reflejaba materiales externos de una manera muy tímida, apenas entraba al país bibliografía extranjera, la conexión satelital casi no existía, el contacto por medio del turismo era casi nulo, los viajes al exterior apenas existían, no había Internet ni correo electrónico. Es decir, las posibilidades del ciudadano cubano medio de tener contacto con otras realidades y otras alternativas de información eran casi nulas.

Hoy todo eso ha cambiado y las personas disponen de decenas de alternativas para informarse, incluida la multiplicidad de viajes y contactos personales que el turismo ofrece y que crecerán. A pesar de todo ello, por razones que en el fondo aún son desconocidas, se limita el contacto con Internet, no se sabe dónde está el cable de fibra óptica y solo un por ciento ínfimo de ciudadanos dispone de correo electrónico. No obstante, la dispersión de esa nueva prensa es asombrosa.

El costo de Internet resulta demasiado alto, prohibitivo, para cualquier ciudadano común. Hoy no obstante, resulta imposible impedir que el ciudadano común tenga acceso a una información alternativa a la que el país oficialmente le suministra. Por lo cual, la prensa llama-

da “oficial” (calificativo que ella misma se buscó) pierde prestigio y credibilidad crecientemente, cuando parte de su trabajo se circunscribe a brindar un tipo de información preseleccionada, sesgada, apologética, precocinada, y se hacen campañas demonizando a Internet, lo que trae como resultado una “reaccionaria y retrógrada oposición” al avance de las nuevas tecnologías. Todo esto tiende a producir un creciente retraso informativo, cultural e intelectual que ya estamos pagando.

No es difícil encontrarnos con cuadros de dirección que demonizan a Internet y al correo electrónico, considerándolos como simples emisarios del capitalismo. No es solo que no usen estas tecnologías, sino que se niegan a aceptarlas y hacen el ridículo ante los ciudadanos por pretender eliminarlas. Actitudes de ese tipo han existido siempre dentro del desarrollo social y a veces han logrado obstaculizar o frenar, pero solo momentáneamente, porque al final, siempre esas posiciones han resultado aplastadas por el incesante devenir de la historia.

Dudo mucho que en el futuro nadie se atreva a repetir el ridículo de desarrollar nuevamente una campaña de demonización como la que recientemente se desplegó por la televisión nacional sobre Internet y las nuevas tecnologías. Que como es de imaginar, no tuvo ningún impacto y a la gente “le entró por un oído y le salió por el otro”. Porque, por suerte, tenemos un pueblo bastante instruido y con un apreciable nivel cultural, al que no se le puede dar “gato por liebre”.

Luis Sexto. El socialismo, ese que aún no hemos edificado y cuyos caminos no están certeramente trazados en el mundo actual, compone una causa legítima de nuestra patria. Al menos, durante medio siglo ha predominado como meta y medio, contando con el apoyo de considerables sectores del pueblo. Sin esa anuencia, habría sido muy difícil sobrevivir a la innegable y nunca disminuida guerra de los sucesivos gobiernos norteamericanos desde 1959, ni sostener la causa de la independencia y la justicia que nos legaron los padres fundadores: el venerable Félix Varela, Céspedes, Martí, Luz y Caballero. Para ellos, la economía sin justicia y equidad nunca sería próspera; para ellos, el pueblo sin cultura y educación como derecho y práctica efectivas nunca sería libre; el país sin independencia nunca sería nación, y una sociedad exclusivista nunca sería la sociedad justa y sin impiedad que ellos concibieron. Por tanto, en esa búsqueda del socialismo mejor, tras el socialismo real fracasado, la prensa tendría que defender esos valores patrios, siendo instrumento de la conciencia crítica y de la acción política y ciudadana.

Jorge Gómez Barata. Francamente, no creo que la prensa cubana necesite más garantías legales de las que tiene. El problema no es jurídico, sino político, y no es funcional, sino estructural. No hace falta regular

los derechos de los periodistas sino equilibrar los del Estado y de la burocracia. No me parece que haga falta una ley de prensa ni un Ministerio de Información; sino leyes y prácticas institucionales transparentes y correctas. Hace años se hizo una pregunta: ¿De quién son los archivos del Ministerio de Economía? ¿Del Ministro o de la sociedad? Y es en nombre de la sociedad que los periodistas procuran la información que se destina al consumo social. Una ley de prensa puede complicar más la situación y crear la ilusión de que por vía judicial algo se resolverá.

Justo Planas. Repito que el sistema de comunicación mediática depende directamente de otras esferas sociales que deben cambiar a la par. No pueden existir garantías legales en la prensa nacional si no existen transformaciones legales en todo ámbito. Sin embargo, por mucho que sea una idea difundida por “los malos”, por los primermundistas, sigo pensando que la prensa debería funcionar como un cuarto poder, independiente de otras instituciones, sin deudas con estas últimas, la prensa debería ser el perro guardián de los intereses del pueblo. Pero como ya no creemos que exista un solo pueblo, compacto y de una sola cabeza, creo que la variedad de publicaciones, con diferentes tendencias políticas, con diferentes intereses noticiosos, estilos... la variedad es ahora mismo el paso más sencillo que puede darse camino a una comunicación más democrática en Cuba.

Aurelio Alonso. Me parece que para definir eso que llamas “garantías legales” falta todavía el paso de dar forma a una concepción de la prensa que se avenga al socialismo que queremos crear, que se centre en el valor de la verdad y tenga como divisa la entronización de un régimen definido y claro de democracia participativa, del cual debe ser parte. Pero le falta también al país avanzar en los presupuestos de este régimen, puesto que los resortes de perfeccionamiento democrático no se muestran tan prestos al cambio como los económicos. Pero pensar en voz alta no siempre es inútil, por lo que diré que a mi parecer lo primero (en lo que puede avanzarse ya) es definir que la oficialidad de los órganos de comunicación se limite a los vínculos explícitos de los mismos y la intencionalidad con que fueron creados. Haciendo la salvedad de aquellos reconocidos como órganos oficiales, la prensa cubana debería funcionar como prensa independiente.

Me permito recordar que hasta 1968 uno de los diarios de mayor prestigio en Cuba fue *El Mundo*, que después de perderse en un incendio provocado por un atentado contrarrevolucionario, nunca se reconstruyó. Tuvo menos suerte que el teatro Amadeo Roldán; no debe haber tenido tan buenos abogados. Cabría pensar que el atentado sirvió para borrar del mapa de la prensa cubana al único diario independiente que recorrió,

dentro de la Revolución, aquella primera década. No propongo volver a crearlo (tampoco lo objetaría), pero sí tomar en cuenta que la prensa revolucionaria independiente mostró ya su capacidad de existir y de ser funcional al nuevo proyecto socialista. La prensa que no responda oficialmente a instituciones no tiene por qué padecer que se le restrinjan hoy sus contenidos o sus fronteras. La legislación que regule la prensa debería incluir la garantía del derecho del periodista en la defensa de la verdad tanto como en la defensa del ejercicio libre del criterio dentro de la Revolución.

7. ¿Qué ideales y principios deberían sostener/ordenar/estructurar a la prensa y a la sociedad cubana?

Esteban Morales. El compromiso de la prensa es con la verdad y debe buscarla por todas las vías, sin dejarse llevar por las apariencias, las limitaciones o las presiones ejercidas desde instancias superiores. Debe cumplir un papel educativo tanto en su contenido como en su forma. Pero educar significa informar sobre los problemas y los acontecimientos en la forma en que se suceden, analizarlos correctamente y sin prejuicios políticos ni ideológicos y exponerlos con un lenguaje correcto. Debe además procurar por todos los medios informar sobre los acontecimientos más importantes y aquellos que aunque no son importantes, suscitan interés en la población, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

La prensa tiene que ser una institución de la sociedad civil, administrada y dirigida por los que la hacen: los periodistas. Seleccionados por los mismos colectivos a los que van a dirigir, sobre la base de sus méritos, capacidades, prestigio político, social y capacidad técnico-profesional. Una prensa cuya eficacia sería medida por el nivel con que responde a la cultura del país, sus necesidades informativas, los avances en el uso del instrumental tecnológico y los objetivos de desarrollo de la nación, incluidos los de su defensa, desarrollo económico y social.

La prensa tendría bajo su responsabilidad ser la voz crítica de la sociedad civil y el freno a todos los potenciales excesos que contradijesen el desarrollo económico, social, político y cultural del país. Dentro de un equilibrio democrático, sustentado en un poder elegible, compartido por todos los ciudadanos en igualdad de condiciones. Lo que sería la base de su poder dentro de la sociedad.

Luis Sexto. A mi modo de ver, hay una sola vía: la política, sin importarnos las coyunturas condicionadas por la posición de Estados Unidos frente a la Cuba *que* es. Hago notar, sin embargo, que ignorar la existencia de la hostilidad norteamericana equivaldría a observar con un solo ojo la realidad. Recientemente, en un artículo sobre la llamada Crisis de Octubre o de los Misi-

les, Noam Chomski citó el criterio del Departamento de Estado sobre si se desataba en 1962 la guerra nuclear o se evitaba: "El peligro principal que confrontamos con Castro es (...) el impacto que tiene la mera existencia de su régimen sobre el movimiento izquierdista en muchos países de América Latina (...) El simple hecho es que Castro representa un desafío exitoso a EE.UU, una negación de nuestra política para todo el hemisferio de casi un siglo y medio." Ese criterio, aunque antiguo, sigue vigente.

Del lado de Cuba, en tanto no se extingan desviaciones como el autoritarismo y el centralismo excesivo y excesivamente limitador, y nuestras estructuras mantengan espacio para inyectar algún vigor a la mentalidad burocrática, será muy difícil lograr esa prensa regulada desde dentro. Mientras las estructuras sociales y políticas, en vez de facilitar sus funciones críticas, preventivas, educativas, culturales, las estorben quitándoles credibilidad y efectividad a los medios, será muy difícil organizar la prensa que necesitamos. Y dicho sea de paso: hay que diferenciar la prensa que *necesitamos* de la que *queremos*. Este último extremo suele ser un equívoco, porque "querer" exige un sujeto muy condicionado por la voluntad individual.

Jorge Gómez Barata. Los rectores superiores de los medios de difusión y sus directivos deberían comprender que la prensa tiene obligaciones y cometidos múltiples y que si bien debe servir a los objetivos del sistema, también tiene obligaciones con el público a quien no solo debe educar, sino servir. La información de aquello que interesa a la sociedad, a los diferentes sectores, las localidades y los individuos es un deber y no una concesión de las autoridades.

En mi credo, la prensa cubana debe consagrarse a la defensa del socialismo y ser parte de la lucha de nuestro pueblo por consolidar su independencia y su soberanía y ser consecuentemente antiimperialista. Una buena defensa del socialismo y un antiimperialismo consecuente plantean exigencias de calidad y enfoques que la prensa cubana hoy no cubre.

Además de escrupulosamente honestos, apegados a una verdad que no deforman ni escamotean, los periodistas necesitan independencia de juicio, cosa que se consigue cuando se acepta el derecho a pensar y opinar diferente y, sobre todo, a difundir esas ideas. No son los dueños de periódicos ni los directores, tampoco los cuadros del Partido o del Gobierno, quienes hacen la prensa, sino los periodistas. La prensa cubana puede y debe ser fiel al Partido y al orden estatal socialista, pero no dependiente de ellos, lo cual plantea el problema de su estructura e incluso de su financiamiento.

La independencia de la prensa no llegará porque el sistema haga una concesión, sino cuando quienes lo conducen comprendan que la necesitan para dialogar con la sociedad, conocer lo que ocurre, pulsar la opi-

nión pública y perseguir a los violadores de la ley y el orden y a los que faltan a la moral y a la ética. Al limitar los horizontes de la prensa, la Revolución conspira contra sí misma. Una prensa mediatizada contribuye a la impunidad y hace feliz a los burócratas, a los corruptos y a los autoritarios. Escamotear la verdad, creer que el pueblo no está en condiciones de participar de ciertos procesos, no es una posición revolucionaria, sino todo lo contrario. La transparencia es una necesidad social, una conquista revolucionaria y un derecho.

Justo Planas. José Antonio Benítez en su valioso libro *Técnica periodística*, insiste en la integralidad del profesional de la noticia, y lo hace para explicar que los textos periodísticos no pueden contener verdades a media, deben llegar al fondo de los hechos, explorar causas, prever consecuencias. Julio García Luis en su *Géneros de opinión* habla de una crítica no apologética ni machacona sino responsable e incisiva. Miriam Rodríguez Betancourt y Luis Sexto en sus libros defienden siempre que un periodismo con mayor elaboración formal ayudaría notablemente a cambiar la manera en que se siente y se piensa nuestro pueblo. Y sobre todo, Osmar Álvarez Clavel nos deja claro en *El ensayo periodístico* que la comunicación con el lector debería ser menos vertical, el periodista no debe creerse portador de todo el conocimiento, dueño de la única verdad, y propone un periodismo más dialogante que ¿sería tan útil para cortar de raíz esa mentalidad de “tú ordenas y yo ejecuto” con que se enfrentan los cubanos a sus jefes, no importa si dicen sensateces o disparates!

Aurelio Alonso. Para responderte con coherencia, yo diría que si, en el contexto del sistema, se trata de inventar el socialismo del siglo XXI, también hay que pensar en buscar el camino de la prensa que le sea coherente a ese socialismo que solo puede ser democrático, y a esa democracia que solo puede ser socialista. Si los defectos de nuestra prensa son fáciles de definir puede que no sean tan fáciles de resolver, porque liberalizar linealmente, literalmente, en sentido abstracto, nos llevaría de regreso a la prensa burguesa. Me parece que eso sucedió con *Novedades de Moscú* y con *Sputnik* a finales de los años 80 en la entonces Unión Soviética, publicaciones que devinieron rápidamente en portadoras de un aire de demolición desde un liberalismo sin fronteras. Pero tampoco se trata de sentarse a esperar a que los criterios de participación política cambien en las esferas del poder para desprender del cambio corolarios que se puedan aplicar a la prensa. Más bien habría que procurar también que el cambio posible avance dentro de una nueva prensa parejamente al cambio socioeconómico.

8. ¿Por qué vía se podría alcanzar esos objetivos?

Esteban Morales. La prensa cubana debiera acabar de echar por la borda los prejuicios, la desconfianza y la prepotencia que aún acumula y formar fila junto a todo el conglomerado intelectual revolucionario que la sociedad cubana ha logrado crear. Aprovechando sus potencialidades para lograr ofrecerle al ciudadano una lectura veraz, equilibrada, informada, progresista, culta, que despierte el interés por informarse, debatir y por la lectura en general. Al mismo tiempo que ofrezca un mensaje político creíble, sustancial, realmente educativo, digno del nivel cultural alcanzado por nuestro pueblo.

Consideramos que las vías para lograr una prensa como la que hemos dibujado más arriba, están dadas, existen dentro del proceso de análisis crítico que se va abriendo paso para alcanzar el “cambio de mentalidad”, al que el presidente Raúl Castro nos ha convocado. Y al que solo se están oponiendo algunos burócratas, que incapaces de adaptarse a las nuevas situaciones, sienten que van perdiendo las prerrogativas y privilegios de los que un día gozaron. Todo, a pesar de las fuertes críticas que el Presidente ha realizado a nuestra prensa nacional. A la que pienso no se reacciona solo por sordeza, comodidad u oportunismo.

Por eso nuestra prensa debe ser una prensa no administrada, sino liderada, por la verdad, por el mejor y más avanzado pensamiento, donde quiera que este se encuentre. Para eliminar la apología, las falsas esperanzas y la bochornosa actitud de tratar de hacer ver a Cuba como una sociedad perfecta, capaz de satisfacer todas las expectativas. Situación a la que no poco ha contribuido esa misma prensa que hoy debiéramos eliminar de nuestra vida nacional.

Una prensa que sea capaz de insertar al mundo en nuestra realidad y llevar nuestra realidad al mundo. Que dé a conocer a la verdadera Cuba, con sus logros y limitaciones.

Una prensa que sea capaz de transmitir nuestras mejores experiencias y beber en lo mejor de las que no son nuestras.

Una prensa que nos evite las sorpresas desagradables y quedarnos anonadados (que es algo así como caer de ano en el agua cuando nos sorprende algo que debimos haber sabido) y el deslumbramiento ante los falsos valores. Al mismo tiempo que presente un país real, creíble, e incluso, en la medida de lo posible, potencialmente imitable.

Una prensa lo suficientemente preparada, inmersa en nuestra realidad y entendedora de la realidad del mundo, como para que nadie tenga que decirle lo que debe publicar, ni haya quien pueda frenarla cuando se hace necesario informar sobre algo. Que sea capaz de actuar por sí misma de manera eficaz, dentro del mundo en que se debe desenvolver el país. Esa es la prensa que necesitamos, la que defendiendo valiente e

inteligentemente los intereses del lugar que le corresponde, sea capaz, al mismo tiempo, de defender los intereses de toda la sociedad cubana.

El próximo congreso de la Unión de Periodistas de Cuba es, en mi opinión, la vía idónea para discutir estos asuntos y formular propuestas concretas al Gobierno y al Partido, para hacer de la prensa un instrumento de mejoramiento de nuestra sociedad.

Jorge Gómez Barata. El problema me parece absolutamente conceptual. Para ser eficaz, la prensa tiene que acoger la diversidad de opiniones y criterios que naturalmente se generan en torno a los grandes temas nacionales e internacionales, actuales e históricos, para lo cual es preciso consagrar el derecho a pensar y opinar diferente. Gústenos o no, en Cuba la prensa es reflejo de un pensamiento único y en el orden de los acontecimientos mundiales se subordina a los intereses más inmediatos de la política exterior; ello ocurre incluso en asuntos irrelevantes y ni siquiera en el deporte y ni en la crítica literaria hacen la excepción.

El socialismo real estuvo plagado de dogmas y mitos, muchos de los cuales se trasladaron a Cuba, donde algunos han sobrevivido y han dado lugar a un fenómeno cultural que actúa como lastre, ancla o retranca, y crea lamentables situaciones prácticas en el ámbito periodístico. Entre otros pudiera mencionarse la sacralización del poder y la consagración de la infalibilidad del liderazgo, incluso en los niveles inferiores de la cadena de mando.

Adicionalmente existen dos elementos relacionados con los aspectos estructurales de la prensa cubana que ningún análisis global debiera ignorar: uno es la cuestión del financiamiento y el otro es cuantitativo. Para un universo de aproximadamente 8 millones de potenciales lectores, Cuba dispone de dos diarios de circulación nacional (*Granma* y *Juventud Rebelde*), un semanario (*Trabajadores*) y una revista quincenal (*Bohemia*) todos con tiradas mínimas, lo cual es notoriamente insuficiente.

Antes afirmé que la prensa cubana se asemeja a la sociedad, ahora añado que la coyuntura actual es una excepción. En Cuba la estructura social ha comenzado a cambiar y el modelo económico se mueve hacia adelante mientras la prensa no lo hace. En esa área la retórica de hoy es idéntica a la de 30 años atrás y no se conoce ninguna iniciativa para modificar su estado ni para cambiar las estructuras que la condicionan.

Es preciso trabajar y luchar, debatir y criticar, no temerle a la herejía ni a la irreverencia. Nadie puede comer tortilla sin cascar los huevos. Es inevitable correr riesgos. Creo que los periodistas y, sobre todo, los directivos de la prensa cubana deben estar dispuestos a arriesgar el cargo y el crédito. Ser fiel no es lo mismo que ser obediente y para ser leal no se necesita ser súbdito. El concepto de subordinación es un asunto de

organigrama que no rige ni siquiera en la gerencia empresarial moderna y no es aplicable a la política y mucho menos a la comunicación social, ámbitos donde no se imparten órdenes sino que se elaboran consensos. Allá nos vemos.

Justo Planas. A una sociedad mejor, una prensa mejor.

Aurelio Alonso. En primer lugar, la prensa no puede esperar a que un órgano de control externo, por encima de ella, le autorice a divulgar una información, o le indique cómo analizar un suceso, o le diga qué puede o no publicar: los órganos designados para dirigirla tendrían que variar sus mecanismos de orientación, sus contenidos, sus estatutos. La UPEC tendría que hacerse igualmente de un estatuto más independiente, revisar sus funciones, mostrarse contestataria con el Partido o con el Estado cuando se limiten los derechos de expresión del periodista, convertirse en una voz discordante donde y cuando no llegue a acuerdo con los órganos de prensa. Los órganos del poder popular debieran acoger tales disensos, y no ceder simplemente su espacio a las justificaciones de las instituciones administrativas, y de la burocracia de los órganos de prensa. El periodismo tendría que hacerse más audaz, comenzar a correr más riesgos. Un periodismo que desafíe la capacidad de respuesta de los funcionarios y dirigentes en temas que atañen a la población no es, por definición, un periodismo de oposición. Y si lo fuera no se le puede combatir eludiendo las respuestas a los problemas, que son casi siempre problemas reales. Cuando los cuestionamientos desde la prensa disgustan a un ministro, la solución no puede ser castigar al periodista. El periodista debe contar con todas las posibilidades (incluidas las legales) de formarse un criterio ante cualquier problema, sea coyuntural o de estructura, y de actuar en correspondencia con el criterio que se ha formado, y a la vez el deber de no ocultar la verdad ni distorsionarla en la defensa de sus posiciones. En Cuba no han sido pocas las ocasiones en las cuales se le ha hecho pagar al periodista por su disenso, o simplemente por desacuerdos.